

» y fuentes de agua purísima. Mañana, al despuntar la aurora, » esté cada uno en su puesto. » En el siguiente día, en efecto, los cruzados, puestos en orden de batalla desembocaban por la fértil llanura de Iconio. Un destacamento, á las órdenes del duque de Suabia, embistió los muros de la ciudad; el resto del ejército, al mando del emperador, tomaba posición en los jardines del sultán y se preparaba á recibir el ataque del enemigo. Barbaroja quiso reservarse el puesto de honor, el de mayor peligro. Aparecen en efecto los Turcos, y su caballería corona las fáciles cimas de los montes del rededor. « ¡Seguidme! » exclamó Federico. A Cristo la gloria! á Cristo el imperio! á Cristo la victoria! » Todo cede á su ímpetu: y quince mil Turcos sucumben al denuedo de los cruzados. Un canto de triunfo se oye en todo el ejército latino, cuando aparece radiante en las torres de Iconio el estandarte de la cruz. El joven duque de Suabia acababa de hacerse dueño de la ciudad, año 1190. La victoria de Iconio aseguraba á los cruzados las comunicaciones con Europa y abundancia de víveres: se podía ya entrever el día de libertad de Jerusalén. Hasta el mismo Saladino, consternado á la noticia de esta victoria tan brillante, envió embajadores á Federico para tratar de paz y de la restitución de los santos Lugares. Tan felices acontecimientos fueron inútiles. Al paso del río Cidno, Federico, á pesar de las súplicas de los suyos, echó su caballo en medio de aquellas aguas ya fatales á otro héroe. Inundado de sudor, el intrépido anciano había querido atravesar el río á nado: sus fuerzas le abandonaron, y muy pronto las frías ondas del Cidno, en el fatal 10 de junio de 1190, envolvían su cadáver! Imposible describir la consternación y desesperación del ejército. Los cruzados habían perdido su emperador, su general, su padre. El eco de sus gemidos resonó en toda Europa. « Llorad, escribía Pedro de Blois en una elo- » cuente carta, llorad, soldados infortunados, fieles vasallos del » mayor rey del universo. Vuestra vida, vuestra salvación, » vuestra luz, vuestra defensa, vuestra seguridad y fuerza desa- » pareció ¡ah! por la muerte. » Sin embargo, Pedro Blesense no era súbdito del emperador Federico, habitaba en los Estados

del rey de Inglaterra: y su carta, por tanto, es la espontánea expresión del dolor y pesadumbre de la Europa entera; es un noble testimonio de aquella fraternidad tan encantadora que las cruzadas habían generalizado en todos los pueblos católicos. Federico de Suabia tomó el mando del ejército: es verdad que murió como héroe bajo los muros de Ptolemaída, mas no había podido resucitar el carácter de su padre. La muerte de Federico Barbaroja dejaba el imperio de Alemania en manos de Enrique VI, que no siguió los ejemplos de su padre sino en lo que tenían de odioso, y que se mostró el más encarnizado enemigo de la Santa Sede.

39. Clemente III sobrevivió poco á Federico Barbaroja, pues murió el 25 de marzo de 1191, en el momento en que por su actividad y celo iban á embarcarse para la Palestina Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León.

§ VII. PONTIFICADO DE CELESTINO III (28 de marzo de 1191-8 de enero de 1198).

40. El cardenal Jacinto, de la poderosa familia de los Orsinis, fué elevado á la silla de san Pedro para suceder á Clemente III. El primer acto de su pontificado fué el solemne coronamiento de Enrique VI y de la emperatriz Constanza, su esposa. El nuevo César juró en manos del papa conservar intactos todos los derechos de la Iglesia romana, seguir en su gobierno las leyes de la justicia y equidad, y restituir todos los dominios usurpados al patrimonio de san Pedro por sus antepasados. Muy pronto olvidó Enrique su juramento.

41. La atención de la Europa estaba fija entonces exclusivamente sobre la cruzada. Guillermo, arzobispo de Tiro, que mas tarde había de ser su historiador, la había predicado en Inglaterra y en Francia. Contaba á la Europa consternada los desastres de Oriente, y los crueles reveses de que había sido testigo. Su elocuencia salía de un corazón partido de dolor; sus lágrimas, aun más persuasivas que sus palabras, habían alistado trescientos mil hombres bajo los estandartes de la cruz. Felipe Augusto puso el gobierno de su reino en manos de la

reina Adela, su madre, y del arzobispo de Reims, su tío. Ricardo Corazon de Leon dejó la regencia á Guillermo de Lonchamp, obispo de Eli, su canceller. Los dos reyes se dieron cita con sus dos ejércitos en Vezelay. La experiencia de las dos primeras cruzadas, y la mas reciente aun de Federico Barbaroja, habian probado á la Europa que no era posible contar con el socorro de los Griegos degenerados de Constantinopla. Se resolvió tomar el derrotero por mar, y fué indicada por ciudad de embarque general la ciudad de Mesina. Despues de la toma de Jerusalem, Guido de Lusignan, salido de las cadenas de Saladino, habia reunido bajo sus estandartes nueve mil guerreros, solo resto de tantos ejércitos cuyos huesos cubrian el suelo de la Palestina. Era muy poca cosa en efecto para resistir á la Asia entera y aun al Egipto, cuyas fuerzas concentradas obedecian á Saladino. Lusignan esperó contra toda esperanza, y fué con tan débiles recursos á poner sitio á la inmensa ciudad de Ptolemáida (hoy San Juan de Acre). Habia venido á ayudarle en su empresa la flota de los Pisanos, armada en el pontificado de Gregorio VIII. Poco tiempo despues, vinieron á plantar sus estandartes al lado del rey de Jerusalem doce mil guerreros de la Frisia y Dinamarca. Otra flota, con mas de veinte mil Flamencos, desembarcó tambien á las órdenes de Santiago de Avesne, tan célebre por sus hazañas en la Lombardia, á quienes esperaban las palmas del martirio en la Tierra Santa. El Occidente pues se levantaba unánime y enviaba al Asia lo mas escogido de sus guerreros para combatir contra los enemigos del nombre cristiano. Cerca de sesenta mil hombres se hallaban pues reunidos bajo los muros de Ptolemáida: quedando así recompensado el heróico valor y confianza de Lusignan. Al saber este armamento prodigioso, Saladino acudió al frente de un ejército innumerable de Egipcios, Árabes y Sirios. Las tiendas de los Sarracenos fueron puestas al rededor del campo de los cruzados, y le formaron un verdadero cerco; por manera que los sitiadores quedaron sitiados á su vez. La llanada de Ptolemáida fué un campo de batalla donde se renovaron los prodigios de valor y las heróicas haza-

ñas de los guerreros de Homero y del sitio de Troya. La suerte del mundo iba á decidirse en aquel recinto tan estrecho y apiñado.

42. En tal estado se hallaban las cosas cuando Felipe Augusto, y poco despues Ricardo Corazon de Leon, aportaron á Ptolemáida. La llegada de estos refuerzos aseguraba la victoria á los cruzados. Felipe Augusto, bravo y magnífico; Ricardo, cuyo heróico renombre de Corazon de Leon, dado por la admiracion contemporánea, caracteriza bastante su valor, eran dignos adversarios de Saladino. Todos los cronistas latinos hacen justicia al sultan, diciendo que rivalizó en nobleza y grandor de ánimo con ambos héroes cristianos. Durante una enfermedad de Ricardo Corazon de Leon, Saladino envió al rey de Inglaterra frutos de Damasco y otros refrescos. Se suspendian de vez en cuando las hostilidades por medio de treguas recíprocas. Los cruzados organizaban torneos en la llanada de Ptolemáida y convidaban á ellos á los Musulmanes. En estas fiestas guerreras, los Francos comian á la mesa de Saladino al son de los instrumentos árabes, y los trovadores de Europa cantaban ó recitaban á los Sarracenos sus epopeyas nacionales y poesías cristianas. La admiracion de Saladino por Ricardo Corazon de Leon llegó á tal punto, que quiso aquel ser armado caballero por mano de este. Tantos homenajes tributados á un rey, su vasallo, irritaron secretamente á Felipe Augusto. La altivez nativa del héroe inglés hizo crecer aun mas esta semilla de animosidad. Húbose pues de intervenir para evitar una colision, y se convino que cuando uno de los dos monarcas de Francia é Inglaterra atacaria la ciudad, el otro se quedaria en el campo para vigilar por su seguridad y defenderlo contra los ataques exteriores de Saladino. Esta medida restableció la armonía, y el sitio fué seguido con mayor vigor que nunca. Era horrible el hambre en Ptolemáida: las flotas de los cruzados cerraban el puerto, y el ejército de tierra interceptaba toda comunicacion con el continente. Despues de una resistencia de dos años, la ciudad ofreció capitular: prometia volver la verdadera Cruz, tomada por Saladino en la última

guerra, poner en libertad mil seiscientos prisioneros cristianos, y pagar además doscientas mil piezas de oro. Un soldado musulmán logró salir de *incógnito* de la ciudad y atravesar todo el campo latino para llevar esta noticia á Saladino. El sultán derramó lágrimas de dolor; juntó su consejo de emires para deliberar; pero en este momento apercibió el estandarte de los cruzados en las torres de Ptolemáida, el 13 de julio de 1191. Era sobrado tarde para pensar en resistir.

43. Después de la rendición de la plaza, Felipe Augusto abandonó la cruzada y se volvió á Francia. El natural altivo de Ricardo había motivado esa partida tan precipitada: otros príncipes tuvieron igual flaqueza; y en especial Leopoldo de Austria fué uno de los que manifestaron mayor repugnancia contra el monarca inglés. Mas tarde se vengó aquel mas como pirata que como príncipe cristiano. Estas divisiones intestinas no detuvieron el ardor de Corazón de Leon. Bajo su mando el ejército victorioso se adelantó hasta Joppe. En la selva de Arsur, doscientos mil Musulmanes, con Saladino á su cabeza, vinieron á ofrecer batalla á los cruzados. El choque fué terrible: Ricardo se mostraba do quiera tenían necesidad de socorro ó dirección los cristianos. Por do quiera se presentaba, huían los Turcos. « Ningun Sarraceno, dicen las crónicas contemporáneas, podía quedar de pié ante su presencia: parecía en aquella horrible refriega como un segador cortando espigas. » A su voz de guerra: *Dios, socorred al santo sepulcro*, el terror pasaba á las filas enemigas. La batalla de Arsur costó á Saladino ocho mil soldados y treinta y dos emires. Pero los cruzados contaron entre sus muertos al ilustre Santiago de Avesnes. Se le halló lleno de heridas en medio de sus compañeros de armas muertos al lado de él. Aun después de haber perdido una pierna y un brazo, cortados, aun no dejaba de batirse. Al morir exclamó: « ¡Ricardo, vengad mi muerte! » La victoria de Arsur no tuvo resultado, porque Saladino, desesperando defender á Joppe, había destruido esta ciudad, y demantelado y echado por tierra todos los castillos y torreones. Dejó yermas las campiñas, encontrándose el ejército cristiano

en medio de un desierto, falta de víveres y agobiado por calores insoportables, sin refrigerio posible, hostigado de continuo por los Arabes y los Sarracenos, que saltaban de cada mata ó peñasco y se deslizaban sin poder ser habidos. Para colmo de desgracias había muerto Guido de Lusignan, y ambiciosos pretendientes se disputaban con las armas en la mano un trono nominal de Jerusalem. En situación tan llena de peligros, la conducta de Ricardo Corazón de Leon fué superior á su heroicidad misma. Sorprendido un día por los Musulmanes, un cuerpo de tropas iba á sucumbir al número. Sábelo Ricardo, que solo se hallaba escoltado por cinco guerreros: detienenle sus compañeros, temiendo no vaya á buscar una muerte cierta. Pero esquivándose de todos, se arroja impetuosamente con su caballo y lanza enristrada al lugar del peligro. « Cuando todos » estos soldados, decía, han seguido á un ejército de que soy » jefe, les he prometido no abandonarlos jamás: si murieren » sin ser socorridos, ¿seria yo digno de mandarlos y llamar- » me rey? » A estas palabras, arremete denodado contra los enemigos, que van cayendo á sus piés: su ejemplo redobla el valor de los soldados cristianos, y los batallones infieles huyen y se dispersan con gran pérdida.

44. En la primavera de 1192 el rey de Inglaterra supo, por mensajeros, en los llanos de Ascalon que el vil Juan Sin-Tierra, su hermano, se aprovechaba de su ausencia para despojarle de sus Estados. El héroe anunció pues en un consejo de jefes que los intereses de su corona lo llamaban á Occidente: mas queriendo ver antes á Jerusalem, que no había podido conquistar, subió á las alturas de Emaús, desde donde contempló los muros y torres de la ciudad santa. Saladino se había encerrado en ella con doscientos mil soldados. Al aspecto de la angusta ciudad, el héroe lloró, y cubriéndose el rostro con el broquel: « Yo no soy digno, exclamó, de mirar los muros de » Jerusalem, que no han podido libertar mis armas! » Sin embargo Saladino quería la paz; su brazo, sobrado pesado ya por los años, no era apto para la espada como antes: se firmó pues una tregua por cuatro años entre el rey de Inglaterra y el

sultán. Fué convenido que Jerusalem quedaria abierta á la devoción de los cristianos, y que poseeria toda la costa marítima desde Joppe hasta Tiro. La ciudad de Ascalon, que por su situación era como clave del Egipto, fué vivamente disputada por cruzados y Turcos. Para terminar la contienda se convino en arrasarla. Así acabó la tercera cruzada: por esta quedaban los Latinos dueños de un vasto reino en la Palestina. Este resultado, aunque incompleto, coronaba dignamente tantas hazañas heroicas, tantos prodigios de valor (en el año 1192). Saladino murió en Damasco en 1193. Antes de espirar mandó á uno de sus emires llevarse por las calles de la ciudad su paño mortuario repitiendo en voz alta: « ¡He aquí lo que Saladino, vencedor del Oriente, se lleva de sus conquistas. » La potencia de Saladino se habia anunciado como un vasto incendio que podia abrasar el mundo entero: la tercera cruzada detuvo este incendio y salvó á la cristiandad.

45. Ricardo Corazón de León, al dejar la Palestina, se embarcó en Joppe en 1192; y su navío, juguete de las olas y borrascas, hizo naufragio y fué á dar en las costas de Dalmacia. Menester es decirlo, el héroe cristiano hubiera hallado mejor acogida en los Estados de Saladino que en tierras de los reyes cristianos de Europa. El duque Leopoldo de Austria, con menosprecio de todo derecho de gentes, arrestó al monarca infortunado y le encerró en la fortaleza de Durnstein. La Europa ignoró por mucho tiempo el cautiverio del héroe. Para mayor infamia, Leopoldo de Austria vendió su prisionero á Enrique VI, emperador de Alemania. El papa Celestino III excomulgó á ambos tiranos, porque todos los cristianos estaban bajo la protección inmediata del sumo pontífice. Celestino III fulminó los rayos de la Iglesia para librar al guerrero que tan valientemente habia combatido por su causa en los campos de la Palestina. Enrique VI vendió á los Ingleses la libertad de su rey por ciento cincuenta mil marcos de plata. Celestino III renovó la pena de excomunión, y declaró que si el emperador y el duque de Austria no volvian inmediatamente las sumas pagadas por el rescate de Ricardo, serian excluidos para siem-

pre de la comunión católica; y si morian, privados de sepultura cristiana. El cielo pareció ejecutar la sentencia del soberano pontífice. En 1194, Leopoldo de Austria murió inopinadamente de una caída de caballo; al punto de espirar, pidió perdón de su crimen y mandó que se remitiese al rey de Inglaterra el dinero que se habia exigido por su rescate: con esta condición se le otorgó la absolución de las censuras en que habia incurrido. En 1197, Enrique VI, emperador de Alemania, murió sin ser absuelto de su excomunión. Confiando en sus tesoros y numerosas tropas, se mofaba de las censuras y excomuniones. Menospreciando órdenes formales de Celestino III, se acababa de apoderar á mano armada del reino de Sicilia. La reina Sibila y el joven Guillermo, su hijo, últimos herederos de los príncipes normandos, fueron condenados á prisión perpetua: mandó arrancar los ojos al joven príncipe. El emperador hizo transportar á Alemania todos los tesoros y riquezas de la Sicilia: mandó desenterrar el cuerpo de Tancredo y de su hijo Rogero, para robar la corona que llevaban sus cadáveres. Nueva sentencia de excomunión se fulminó contra estos horrores; y Dios se encargó de ejecutarla, muriendo Enrique VI desastrosamente en Mesina, el 28 de setiembre de 1197, maldito de la Sicilia y aborrecido de todo el universo. El papa Celestino prohibió darle sepultura eclesiástica; y este acto fué el último de su pontificado. Abruado de fatigas y cargado de años, pensaba aun en armar al Occidente para una nueva cruzada, pero la muerte no le dió tiempo, y murió el 8 de enero de 1198. Con Celestino III acababa el siglo XII.

46. El entusiasmo que impelia á las almas á las mas sublimes virtudes continuó en este último período. Nos bastará citar los nombres de san Hugo, obispo de Lincoln; san Alberto, obispo de Lieja; santa María de Oignies; san Homobono, mercader de Cremona; el beato Pedro Acotanto, de Venecia; san Guillermo y su hijo san Peregrino, de Antioquia; san Drogon, patron de los pastores. Y así, todas las jerarquías de la sociedad ofrecieron, en el siglo XII, ejemplos admirables de edificación y salvación. En tanto que los papas luchaban enérgicamente contra

los reyes y emperadores de la tierra [que se extraviaban], almas piadosas triunfaban en luchas pacíficas y combatían en los campos de la penitencia y santidad, ya en la soledad de los claustros, ya en medio de las agitaciones y tumultos del mundo. La Iglesia es el arca de Noé que da siempre asilo á las palomas fieles, y á la cual no pueden las defecções, apostasías y persecuciones detener en su marcha triunfaute, al través de los tiempos, hasta el puerto de la eternidad.

CAPITULO VIII.

SUMARIO.

- § I. PONTIFICADO DE INOCENCIO III (8 de enero de 1198-16 de julio de 1216).
1. Accion del pontificado en la edad media. — 2. Eleccion y antecedentes de Inocencio III. — 3. Vida de Inocencio III despues de su exaltacion. — 4. Estado del mundo á su advenimiento. — 5. Inocencio III restaura el poder pontifical en Italia. — 6. El papa da la investidura del reino de Sicilia á la reina Constanza. Negocio de los *Cuatro capitulos*. Inocencio III es nombrado tutor del jóven Federico. — 7. Felipe Augusto repudia á la reina Ingelberga. — 8. Excomunion de Felipe Augusto en el concilio de Dijon. — 9. Felipe Augusto se somete y vuelve á tomar á la reina Ingelberga. — 10. Asunto de la sucesion de Enrique VI al trono de Alemania. Güelfos y Gibelinos. — 11. Othon, duque de Aquitania, es elegido y coronado emperador. — 12. Othon, infiel á su juramento para con la Santa Sede, es depuesto por Inocencio III y reemplazado por Federico II, rey de Sicilia. — 13. El papa avoca á su tribunal la contienda entre Felipe Augusto y Juan Sin-Tierra. — 14. Juan Sin-Tierra es excomulgado por Inocencio III. Sumision del rey de Inglaterra. Batalla de Bouvines. — 15. Cuarta cruzada. — 16. Toma de Constantinopla por los cruzados. Fundacion de un imperio latino en Oriente. — 17. Victorias de los cristianos en España. — 18. Cruzada contra los Albigenses. Simon de Montfort. — 19. Santo Domingo. — 20. San Francisco de Asis. — 21. Duodécimo concilio general, cuarto de Letran. — 22. Muerte de Inocencio III.

§ I. PONTIFICADO DE INOCENCIO III (8 de enero de 1198-16 de julio de 1216).

1. La historia de la Iglesia es la historia de la civilizacion moderna: la grandeza de la una es paralela á los progresos de la otra. El pontificado de Gregorio VII ha justificado esta asercion; el de Inocencio III lo demostrará brillantemente: sus dos siglos y sus dos nombres forman los puntos culminantes de la edad media. En ninguna época ha reinado mas visiblemente sobre el mundo el pontificado. Los intereses tan varios de la política europea, las pretensiones de los reyes rivales, las elecciones imperiales, las esperanzas de los partidos, los votos de las poblaciones enteras, todo, todo convergia entonces hácia el soberano pontífice como hácia el centro de toda autoridad, como árbitro supremo de todas las lides, como distribuidor de coronas y conciliador universal. A vista de este inmenso im-